

LA “RAZA” EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS

PEDRO PITARCH
Universidad Complutense de Madrid

Hay prejuicios (confusiones) que se resisten a desaparecer. Uno de los más persistentes es la idea moderna de que existen “razas” humanas. En un breve artículo que aparece en El País (12 de abril 2020) “No digas raza”, su autor, Javier Sampedro vuelve a insistir en ello como si fuera algo “científicamente evidente”. A decir verdad, el texto, más que una defensa de la categoría de “raza”, es una diatriba contra los antropólogos: “A los antropólogos y humanistas les encanta decir que las razas no existen. Se llenan la boca con ese mensaje ecuménico y creen que así se protegen contra cualquier acusación de racismo que les pueda caer por su trabajo. Muchos se pasan el día estudiando a tribus del Amazonas que no han tenido contacto con la civilización, o a poblaciones de

DECIR RAZA NO ES DECIR NADA. NO
SOLO ES UNA NOCIÓN EQUÍVOCA, SINO
TAMBIÉN INOPERATIVA

bosquimanos que se encuentran entre los ancestros más antiguos de la humanidad moderna”. Por supuesto que el autor no sabe muy bien lo que estudiamos los antropólogos, ni siquiera lo que estudiamos los antropólogos que trabajamos con poblaciones indígenas, los cuales, a decir verdad, somos una exigua minoría. En mi opinión, el texto en sí no merece mayor discusión. Se trata de un rosario de opiniones prejuiciadas y sin fundamento, puestas ahí quizá más para llamar la atención que para otra cosa. Lo que inquieta, más bien, es esta periódica reemergencia y empleo de “raza” en ciertos

círculos de opinión como si se tratara de una categoría natural.

“Raza” es un concepto relativamente reciente, esencialmente del siglo XIX. El Antiguo Régimen reconocía categorías jurídicas, no biológicas. Aún a mediados del siglo XIX, por ejemplo, en Europa no se hablaba de los judíos como una raza; fue solo a fines de ese siglo que esa categoría “científica”, junto con la de “raza aria” y las demás, cobró existencia, con los funestos resultados que todos conocemos. La idea de raza tuvo un éxito fulgurante, pero también comenzó a ser desacreditada muy pronto. El principal esfuerzo se lo debemos al trabajo del antropólogo Franz Boas a comienzos del siglo XX. Boas demostró dos cosas en relación con la raza. Por una parte, que la de “raza” es esencialmente una categoría vacía resultado de establecer particiones discretas en lo que de hecho es un continuo biológico. En el lenguaje de la moderna antropología biológica, la única categoría naturalmente dada es la de especie (“especie humana”) y las otras distinciones se basan en diferencias fenotípicas que representan una porción insignificante del total de material genético. Además, Boas mostró que esas distinciones se deben en buena medida al sesgo del observador; por decir algo, para los americanos, Barak Obama es “negro”, para los africanos, “blanco”.

La segunda idea de Boas fue aún más decisiva, esto es, que los aspectos biológicos no determinan los comportamientos sociales, o, dicho de otro modo, el principio de separación entre biología y cultura. Durante el siglo XIX algunos antropólogos habían asumido que

ciertos comportamientos, gustos, inclinaciones, formas de razonar o incluso los sistemas de parentesco eran almacenados somáticamente y se transmitían por la sangre. Esto es lo que deshizo Boas y lo han seguido demostrando, una y otra vez, antropólogos biológicos y culturales (una versión reciente de los primeros es “No está los genes” de Lewontin, Rose y Kamin). Dicho de otro modo: decir raza no es decir nada. No solo es una noción equívoca –y también comprometida, como demuestran las distinciones de la población de algunos países en términos “raciales”, por no hablar de cierta antigua película con ese título- sino también inoperativa. Pero si los antropólogos nos vemos obligados a insistir en este principio de separación es porque lamentablemente la *confusión* entre las connotaciones biológicas y culturales posee una resistencia asombrosa.

Para encontrar ejemplos no hace falta ir lejos: bastará con los escritos del propio Sampedro. En el texto citado arriba: “Como amante del jazz, incluso creo que hay razas superiores en ciertos sectores de la actividad humana: los negros son mucho mejores en ese universo musical profundo que ha marcado al siglo XX, y lo siento por vosotros, músicos blancuchos”. El autor parece considerar que la raza es una cuestión de tono de piel. El ejemplo es tan burdo que sospecho que está ahí más para provocar que para demostrar nada. Haría reír a cualquier biólogo y debe resultar chocante a la mayoría de los lectores, con la excepción quizá de algún sheriff de Alabama. Pero a veces la indistinción resulta más sutil. En otro texto (El País, 12 de mayo 2008), en el que vulgariza una investigación genética sobre población del norte de África y la Península Ibérica, Sampedro se refiere a los judíos sefarditas como una unidad genética (“Los cromosomas de origen sefardí”). De nuevo la confusión entre genes y cultura: “sefardí”, claro, es una categoría de adscripción religiosa, histórica, lingüística, en otras palabras, cultural, no biológica. Por cierto que si se tratara de lo segundo, el gobierno español no tendría ninguna dificultad en decidir quién es sefardí para otorgarle la nacionalidad española: bastaría con un análisis de ADN y allí aparecería el famoso “cromosoma sefardí”. Gestión concluida.

En fin, que a estas alturas haya que repetir este tipo argumento resulta un poco penoso. Lo que como antropólogo resulta quizá más llamativo es esa necesidad de reafirmar la idea de raza precisamente ahora, en mitad de la pandemia por coronavirus. ¿Por qué sacar nuevamente este viejo determinismo en un momento en que no resulta fácil mantener un debate razonado, en que, como lo hace él, simplemente se deja caer sin posibilidad de recurrir a los datos, las teorías, los antecedentes, las definiciones? ¿Qué encuentra Sampedro amenazador en que no se reconozca la “raza”? La respuesta es obvia y a la vez triste. Lo que encuentra es una categoría susceptible de ser segura, incontrovertible, autoevidente, “natural”, una a la que nos podamos asir. Una que no haya que molestarse en definirla o precisarla. Una tan indiscutible que incluso el propio coronavirus la comparte: “Cuando decimos que el coronavirus no distingue de raza, estamos siendo inexactos. El coronavirus es racista, y necesitamos saber por qué”. Así pues, si Coronavirus es racista, tendremos que combatirlo con su mismo *modus operandi*: habremos de diferenciar razas.

Como la retórica del patriotismo, la solidaridad, el sacrificio, la unidad y otras, en tiempos de crisis la verdad de la Ciencia infunde valor, certeza y, sobre todo, autoridad. No me refiero aquí a la ciencia, sino a la otra, la Ciencia con mayúscula, esa gigantesca reificación que habla con una sola voz, posee una sola conciencia y se expresa sin asomo de duda. Una Ciencia no científica, pues. La que medra en los medios de comunicación, la opinión desinformada, las tertulias, y a veces entre de las autoridades políticas. Esa que es convocada en momentos de desorientación: ¿Qué dice la Ciencia? ¡Que pase la Ciencia! “Hola, soy la Ciencia, y yo os digo que.....” El miedo aporta la legitimidad necesaria, autoriza cualquier cosa, suscribe lo inadmisibile. Proporciona el suplemento necesario para reintroducir ideas hace mucho desacreditadas. Es la desgracia colectiva lo que permite intentar colar “raza” por la puerta de atrás, como una medida de urgencia para combatir la epidemia. La raza como valor sanitario. Eso pese a los malvados antropólogos y humanistas.